

mas auténtica, y éste ajustarse exactamente sus decisiones á las del Profeta y de sus primeros sucesores. Pero tanto lo uno como lo otro era mucho mas difícil de lo que nos puede parecer á primera vista. Ciertamente desde el tiempo de Omar existían copias exactas del Corán, cuya reproducción se hacia cada vez, en el transcurso del tiempo, con mayor escrupulosidad; pero la escritura árabe era aun incompleta y de ambigua interpretacion. En primer lugar, solo se componía de simples consonantes, ofreciendo graves dudas su lectura cuando se trataba de palabras de un mismo grupo de articulacion; y en segundo lugar, una buena mitad de estas consonantes tenían forma tan parecida, que era esto otro obstáculo para la fácil interpretacion del texto. Comprendese, pues, que en tales circunstancias la lectura habia de convertirse en muchos casos en materia de adivinacion, tanto mas cuanto que no existía la menor idea de puntuacion ni de letras mayúsculas. Estas dificultades, bastante serias para el mismo árabe, lo eran naturalmente muchísimo mas para los nuevos conversos de distinta lengua, que tenían que luchar por otra parte con las de la por demás complicada fraseología arábica. De ahí la idea que se tuvo en Basora de marcar la pronunciaci6n vocal por medio de puntos ó rayitas por encima y por debajo de las consonantes, diferenciando tambien con iguales signos las de forma parecida; los sirios, de quienes los árabes tomaron su escritura, habian ya iniciado este sistema de puntuar. Al mismo Haddschadsch parece que se debe la introduccion de estos signos, seguramente no tanto para recordar su antigua profesion de maestro de escuela como para evitar controversias sobre el verdadero modo de leer ciertos pasajes del Corán, favoreciendo en ello la tendencia teológica que tenía su proteccion. Sea lo que fuere de esto, lo cierto es que el nuevo método auxiliar de la lectura, que, en verdad, se habia hecho necesario, tuvo en su tiempo aceptacion general. Naturalmente, para la exacta colocacion de los puntos era indispensable un perfecto conocimiento del idioma; pero adquirirlo y al propio tiempo habilitarse para el estudio de la palabra de Dios, debió de ser una tarea muy pesada para todo el que no habia empezado á hablar el árabe en el regazo materno, y muy especialmente para los persas, que en la misma Basora constituían una parte tan considerable de la poblacion musulímica. Viéronse, pues, estos obligados á formarse un conjunto de reglas para poder leer con cuanta exactitud les fuera dable la palabra de Dios, y de este modo al *arte de leer el Corán*, que, dadas las diversas maneras como se podia puntuar, exigia siempre un escrupuloso estudio, se unió naturalmente la formacion de la *gramática árabe*, cuyos gérmenes, cultivados principalmente por los clientes persas, empezaron á brotar por aquella misma época en Basora, y tambien en Kufa hácia las postrimerías de la dinastía de los omniadas.

De distinta índole eran las dificultades que se presentaban en punto á la tradicion. Que ésta se transmitiera oralmente (y aun en tiempo de los omniadas solo así se hacia) no podia, por cierto, ser molesto para una generacion cuya memoria no se habia maleado todavia con el uso de la escritura, poco extendida entonces. Pero las divisiones que poco despues de la muerte de Mahoma se produjeron en la comunidad aumentaron la inseguridad, de todos modos evidente, de este género de transmision. Cada una de las varias tendencias, antiguos creyentes, jaridschitas y siitas, se consideraba la ortodoxa, y mientras era comun á todas ellas el afán, consciente ó inconsciente, de marcar cada vez mas en torno de la figura de Mahoma como Profeta la aureola de lo maravilloso, las controversias que comenzaron á suscitarse en aquella época sobre la verdadera interpretacion de

importantes pasajes del Corán y puntos capitales de doctrina, debieron de avivar el deseo de citar en apoyo de las propias opiniones cuantas sentencias del mismo enviado de Dios fuera posible reunir, ó lo que viene á ser lo mismo, interpretar con parcialidad las tradiciones transmitidas, alterarlas levemente y hasta, en último caso, inventarlas. En nuestra exposicion acerca de Mahoma ya procuramos demostrar abundantemente cuánto se habia falseado de este modo la parte histórica de la tradicion. Pero si el afán de los devotos de los tres bandos por lo maravilloso, no solo consentía tales desfiguraciones sino que las provocaba expresamente, en cambio para cada uno de estos bandos era de vital importancia comprobar con severidad las aseveraciones de los contrarios en materia dogmática. Las mismas circunstancias del caso indicaban desde luego la forma de esta comprobacion. Por ejemplo: A. se presentaba y decia: «El Profeta dijo esto y lo otro en tal parte.» Naturalmente, B. preguntaba: «¿Cómo lo sabes tú?» «C. me lo ha dicho.» «C. es hombre digno de fe, pero, ¿cómo lo ha sabido él?» «Porque lo presencié.» Con esto, el hecho era aceptado por el pronto; pero si B. opinaba que no se podia fiar del todo en C., la noticia era admitida con reserva ó simplemente desechada. De esta manera se formaban series de tradiciones que iban aumentando con el transcurso del tiempo, y como á medida que se alargaban las series habia mayor lugar á la duda, constituyéronse en las poblaciones en que los antiguos testigos presenciales de la formacion del Islam habian fijado su domicilio en la época de las conquistas, escuelas especiales para los que se dedicaban á la *ciencia de la tradicion*. Las mas reputadas fueron las de Medina y Kufa, y en segundo lugar las de Basora y la Meca. La escuela de Medina se dispersó en todas direcciones con motivo de la destruccion de la ciudad por los omniadas, pero se reconstituyó merced á la importancia de la ciudad del Profeta, como la mas antigua sede de la fe. Tambien en Basora y Kufa, precisamente en la época del apogeo de la dinastía de los omniadas, el estudio de la tradicion era seguido con extraordinario ardor por las razones ya indicadas, y hasta en Damasco su necesidad práctica no pudo permitir que se descuidara por completo. Ahora bien: es evidente que este estudio no podia permanecer siempre circunscrito á coleccionar, revisar y archivar los miles de diversas tradiciones, y que debió de proceder poco á poco á ordenarlas y distribuir las de modo que las varias partes de todo el material referentes á un mismo asunto quedasen agrupadas. Así con los detalles históricos se formó la *biografía del Profeta*, y estos fueron los comienzos de la *literatura histórica*; las sentencias del Profeta y sus sucesores, alusivas á pasajes del libro sagrado, se convirtieron en *comentarios del Corán*, de continúa referencia; las decisiones de derecho se fundieron con las disposiciones legales de la sagrada escritura en *sistemas jurídicos*, y por último, la polémica contra los infieles por una parte y las sectas islamitas por otra hicieron indispensable un exámen fundamental y una recopilacion metódica de los puntos mas principales de *doctrina teológica*, bajo la forma de una *dogmática* lógicamente establecida. Si bien esta actividad intelectual, tan vasta como creadora, solo tiene término pasada la época de los omniadas, tanto han penetrado sus raíces, en todos sentidos, en el primer siglo de la Egira, y está además tan íntimamente ligada con los sucesos políticos durante el mismo siglo que no podemos prescindir de seguir sus huellas, á lo menos en el punto culminante de toda esta vida científica: los conceptos teológicos.

Hasta que los jaridschitas se separaron de la comunidad no se habian hecho grandes estudios acerca de las cosas divinas. Los piadosos musulimes eran gente sencilla, que

concebían con toda ingenuidad las máximas de fe del Corán como se representaban á una sana inteligencia humana, y no tenían la menor idea de lo que pudieran ser sutiles distinciones de conceptos ni especulaciones metafísicas. Pero al propio tiempo que las opiniones de los jaridschitas acerca de la soberanía de la comunidad fueron causa de que en Basora y Kufa se acostumbraran á estudiar con mayor detención el sentido de algunos pasajes del Corán y á cuidarse en general de las cuestiones de interés público, preparábase un movimiento análogo en un punto donde apenas se podía esperar que se realizara: en la Siria, hasta allí bastante indiferente en materias teológicas. Por mas que allí no hubiese habido razon alguna en tiempo del primer omniada para hacer demostraciones oficiales de celo por la causa de la fe, á manera de los piadosos de Medina, no por eso los pocos hombres que como imanes ó jueces debían consultar el Corán y la tradición, dejaron de verse excitados á hacerse debido cargo de los principios fundamentales de su fe tal como la habían concebido siempre. Se encontraban allí frente á los cristianos, á quienes durante la dominación omniada se mostró benévola tolerancia, habiendo ocupado muchos de ellos puestos en la administración hasta la época de Abdelmelik y volviendo á obtenerlos aun despues, y siendo igualmente bien acogidos así en la corte del mismo Abdelmelik como en otros sitios. Se comprende que los hombres de mas viva inteligencia de ambas partes llegaran pronto á discutir sobre materias de fe, y precisamente el menor grado de fanatismo que distinguía en aquella época aun á los mas piadosos musulimes de la Siria hizo posible que en la discusión de trascendentales tesis teológicas empezaran á influir insensiblemente ciertas apreciaciones cristianas en el concepto del dogma islamita. Es sabido que el último gran dogmático de la iglesia griega, Juan de Damasco (nació en 676), cuyo padre era bien visto por Abdelmelik, escribió en tiempo de los últimos omniadas una apología de la religion cristiana en oposicion al Islam, en forma de diálogo entre un cristiano y un sarraceno. Así, cuando vemos sustentarse por aquel tiempo (1) en los círculos islamitas dos principios de doctrina que precisamente el mismo Juan había defendido en sus escritos dogmáticos, ó sea, el del designio de la gracia de Dios dirigido á la salvación de todos los hombres y el del libre albedrío del hombre, no podemos dudar de que ambos proceden del comercio intelectual entre musulimes y cristianos. Desgraciadamente, de las opiniones de estos maestros musulimes, designados generalmente con los nombres de mardschitas y kdaritas (2), solo sabemos que, apoyándose en varios pasajes del Corán, negaban la absoluta predestinación del hombre á la salvación ó á la condenación y defendían la redención definitiva, á lo menos de todos los creyentes, en el último día, en oposicion al dogma de la absoluta predestinación y al pavoroso temor ante la tiránica voluntad de Dios, conceptos que ciertamente predominaron en la última época de Mahoma y que á la sazón, como ya veremos luego, correspondían tambien al modo de sentir de la mayoría de los creyentes.

De Damasco parece que se propagaron estas ideas á Kufa y Basora, á lo menos tenemos seguro testimonio de que en esta última se sustentaban tesis análogas en el año 80 (699). Pero si en Siria no se les había puesto gran reparo, en Basora

(1) En realidad ya algun tiempo antes que Juan Damasceno, el cual no inventó su dogmática, sino que expuso en manera sistemática la doctrina de la iglesia griega de su país.

(2) Mardschitas significa «los que aplazan», ó sea los que opinan que el juicio de Dios sobre la salvación ó no salvación de los hombres no está determinado por la predestinación desde la eternidad. Kdaritas son los que atribuyen al hombre *kadar*, esto es, determinación, libre albedrío.

hallaron fuerte contradicción. Las continuas guerras civiles y las persecuciones de los antiguos creyentes en tiempo de los omniadas habían fomentado y avivado en gran manera entre los hombres mas religiosos los conceptos expresados por Mahoma en la época de sus padecimientos, conceptos que precisamente se resumen en la predestinación y en la idea mas estrecha de Dios; en especial, cierto número de fervorosos creyentes que se había agrupado en torno de Hasan de Basora (110 = 728), á quien se tenía en mucho respeto á causa de su temor de Dios, había desarrollado estos sentimientos en verdadero menosprecio de todo lo terrenal, teniendo constantemente en los labios las palabras tradicionales del Profeta: «Si supieseis lo que yo sé, reiríais menos y lloraríais mas.» Las inclinaciones ascéticas se habían manifestado ya con frecuencia en otros tiempos en la Arabia, y naturalmente era conocido en todas partes el monaquismo cristiano: nada tiene, pues, de extraño que una generación despues, hácia las postrimerías de la dinastía omniada, se congregaran los hombres que profesaban tales ideas en una órden en toda forma reglamentada, á cuyos individuos se dió el nombre de *sufies*, porque usaban sayo de lana (*suf*). Los malos tiempos de los últimos omniadas y de los primeros abasidas no podían menos de robustecer la inclinación á la vida monástica, á la que incitaba además el ejemplo cristiano en el Occidente y el budhista en el lejano Oriente, y así se desarrollaron poco á poco, cada vez mas numerosas, aquellas inmensas órdenes de monjes mendicantes á las cuales damos tambien nosotros, los occidentales, el nombre de dervises (del persa *derwisch*, mendigo). Pero aunque el desenvolvimiento de este ascetismo corresponde á un período posterior, las ideas de la vanidad de todo lo mundano y de la nulidad del hombre ante el Dios terrible estaban, precisamente en tiempos de Haddschadsch, muy difundidas entre los creyentes del Irak, y así los primeros mardschitas-kadaritas que aparecieron allí fueron recibidos con indignación y vivas protestas. Para captarse el aplauso de los ortodoxos, intervino el gobierno, y en el año 80 (699), por órden de Abdelmelik ó de Haddschadsch, fué decapitado, en Basora, Ma'abab, de la tribu de Schoheina, por haber sostenido públicamente la doctrina del libre albedrío, y treinta años despues, en tiempo de Hischam, tuvo igual suerte otro teólogo de ideas liberales. Sin embargo, semejantes medios no eran los mas adecuados para sofocar un movimiento que, si bien iniciado por extraños, halló simpática aceptación en varias clases del pueblo, que conservaban todavía el antiguo apego mundano del árabe. Naturalmente, en las discusiones teológicas que se entablaron en Basora entre ortodoxos y liberales se suscitaron poco á poco cuestiones fundamentales acerca de la esencia divina y la revelación, y así se desarrollaron aquellas controversias, de cuyos temas principales ya tratamos en nuestra exposicion de la doctrina islamita. Como Wasil Ibn Ata, uno de los discípulos de Hasan de Basora, discrepara en una de estas cuestiones de la opinion de su maestro, dijo éste: «Wasil se ha separado de mí;» desde entonces se llamó á los teólogos liberales *el-mótasila*, «los que se separan.» Eran estos superiores á los ortodoxos, — y pronto lo fueron aun mas, por motivos que mencionaremos luego, — en razonar y discutir, y segun las circunstancias fueron tratados con mayor ó menor benevolencia por el gobierno, logrando extenderse muy pronto considerablemente y hasta ejercer cierta preponderancia durante algun tiempo, bajo la dominación abasida, punto de que hablaremos mas adelante.

Así los califas Abdelmelik y Walid como su lugarteniente Haddschadsch no tenían sino motivos políticos para su enemiga contra los kdaritas; sus convicciones religiosas personales concordaban con las tradiciones de la casa de Omayya



FACSIMILE DE LA TERCERA PÁGINA DE UN CORÁN MANUSCRITO QUE SE CONSERVA EN LA BIBLIOTECA IMPERIAL DE BERLIN

*Texto (segunda mitad de la primera sura):*

«..... Suplicamos auxilio – condúcenos por la senda recta – la senda de aquellos á los cuales concedes tu merced – á los cuales no guardas rencor y que no andan extraviados.»